

# FRANCISCO PALAU

## MISERICORDIOSO Y COMPASIVO



*Lola Jara Flores, cm.*

El término misericordia aparece con mucha frecuencia en la mayoría de los escritos palautianos: *La Lucha del alma con Dios*, *La vida solitaria*, *el Catecismo de las Virtudes* y *el Mes de María* son los que repiten con más frecuencia este término. Usa la palabra «misericordia» 133 veces y 2 veces misericordioso. El término compasión como sinónimo de misericordia lo emplea 27 veces.

### 1. El Dios de las Misericordias

Para Francisco Palau la misericordia es una característica propia de Dios y de su obrar. En todo momento actúa de “un modo misericordioso” (*Lucha* 230,10). En varias



ocasiones se refiere a Él como “el Dios de las misericordias” (*Escuela* 394 y 409). Reconoce siempre a Dios como un Padre que jamás se da por vencido hasta que no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. El libro de la *Lucha del alma con Dios* es un buen exponente de su confianza ciega en la misericordia de Dios. En *Mis Relaciones*, aunque el término apenas aparece, sí encontramos abundantemente el significado, especialmente en los itinerarios donde expresa lo desbordante del amor gratuito de Dios que experimenta intensamente a través de su Amada la Iglesia (Cf. *Mis Relaciones* 22, 33; 10, 14-18; 8, 17-24).

Dios es para él la única fuente de misericordia y compasión. De él procede cualquier sentimiento y obra buena hacia los demás: “Los hombres [dice en la *Lucha*] somos incapaces por nosotros mismos de todo bien, y todo lo bueno que tenemos nos viene de Vos. Vos sois la fuente de todos los bienes y el bien sumo por esencia, y es una propiedad del sumo Bien el comunicarse. Vos no queréis, por cierto, la muerte del pecador, como protestáis por un profeta, sino que se convierta y viva [Ez 18,23]. No es vuestra voluntad el perdernos, sino salvarnos. No es vuestro gusto el negarnos gracia ninguna de cuantas hemos menester sino comunicárnoslas en abundancia” (*Lucha* 182,31).

En Francisco Palau encontramos una experiencia muy fuerte de la misericordia divina. Asegura que “ni las propias faltas y miserias ni los pecados los más enormes son motivo suficiente para desesperar de la misericordia de Dios. Es precisamente porque somos lo que somos, esto es frágiles, débiles, miserables, pecadores, que Dios nos ofrece su gracia, el perdón y su misericordia. Nuestras miserias son las escaleras que nos han de conducir a Dios, bondad suma” (*Catecismo*, 348). Porque en el perdón “brilla su misericordia” (*Lucha*, Al lector 2, p.24).

## 2. ¿Cómo vivió Francisco Palau la misericordia?

Para Francisco Palau la misericordia es el amor en acto. Con su gran sentido práctico y evangélico escribe: “No nos basta la buena voluntad, no nos basta un corazón que compadezca las miserias ajenas; la caridad es obras, y éstas en su terreno son guiadas por la beneficencia...”. (Mes de María, 531, 2).

No tenemos apenas noticias de su infancia y primera juventud si no es por los libros de registro de su entrada al seminario y al noviciado y las fechas de profesión recogidas en las actas conventuales. Es significativo que la primera noticia particular que se conserva de Francisco Palau es su compasión por un religioso anciano de su comunidad al que ayuda en la huida del convento incendiado por los revolucionarios el 25 de julio de 1835, exponiendo su propia vida. El final de su vida está marcado por la misma pasión por atender las necesidades de los demás sin tener en cuenta su propia salud y bienestar. De este modo en 1872 muere víctima de unas fiebres a raíz de atender a los habitantes de una zona de Huesca, Calasanz, azotada por la peste.



Entre medio de estos dos acontecimientos toda una existencia dedicada a los demás, desarrollando una por una todas las obras de misericordia y llevando a la práctica las palabras con las que San Pablo exhortaba a los Colosenses: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros» (Col 3, 12-13).

Es lo que nos consta que Francisco Palau ejerció durante toda su vida. Reaccionó siempre con el perdón y, hasta donde es posible, con la excusa, no con la condena consciente que donde se vive en el perdón y en la misericordia recíproca, «el Señor da su bendición y la vida para siempre». Tenía muy claro que no se puede vivir en armonía, en paz, en la familia y en cualquier otro tipo de comunidad, sin la práctica del perdón y de la misericordia recíproca porque: “Dios es príncipe de la paz y sólo habita en corazones unidos por el amor”.

Demostró su amor a los hermanos con gestos que rozaban lo heroico. Para sus hijos e hijas espirituales se impuso una conducta presidida siempre por la caridad y el amor más exquisito siguiendo este programa: «Yo no tengo ni tendré para vosotros jamás de mi vida sino corazón de padre: no conozco contra vosotros tentación alguna, porque mi amor para con vosotros llena todo mi corazón y no caben en él; me hallaréis siempre en paz, siempre amigo, siempre de buen humor»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cta 117, 4.

Así se mantuvo invariablemente: «Yo no perdonaré ningún sacrificio; haré cuanto pueda... puedes estar segura de que no te tendré abandonada y aprovecharé las ocasiones para realizar los designios de Dios sobre ti»<sup>2</sup>, escribe a Juana Gratias después del fracaso de sus primeros intentos de fundación. Se declara dispuesto a cualquier sacrificio con tal de poder atender a sus hijos e hijas. «Haría muy gustoso el viaje aunque fuera a pie» para escuchar sus penas e iluminar sus conciencias. Esta disposición permanente queda clara en muchas expresiones: «el padre que os dirige no os descuida ni os descuidará, está dispuesto a cualquier sacrificio que Dios le pida por vosotras»<sup>3</sup>.

De los muchísimos ejemplos que encontramos en su vida y en sus escritos que ponen de manifiesto, la profundidad y finura de sus sentimientos, su corazón misericordioso, incluso para con los enemigos de la Iglesia que son sus mayores enemigos: “Cuántas veces, ¡oh ceguedad!, nos sentimos llenos de indignación contra los que consideramos como causas primarias de tanto estrago. ¡Impíos!, les decimos llenos de una cólera que creemos santa,... ¡Desalmados! ¡Quemarnos las iglesias y los conventos! Nos desatinamos, y ni aun viéndolo podemos creer que haya en el mundo hombres tan perversos... Pero un alma verdaderamente ilustrada por la luz del Espíritu Santo piensa y dice lo mismo, aunque de un modo bien distinto. No se irrita contra ellos, antes les tiene compasión, y los mira como hombres por su culpa y orgullo abandonados de Dios” (Lucha 71, 14).

Y para expresar como debemos imitar los sentimientos misericordiosos de un Dios padre y madre qué mejor imagen que la de la maternidad: “Constitúyase V. como una verdadera madre de sus prójimos, ya sean buenos o malos. Métaelos V. dentro de su corazón y, como la gallina abriga con sus alas a los polluelos [Mt 23,37] y expone su vida para defenderlos de las uñas del gavilán, así V. mírelos como a verdaderos hijos suyos, cúbralos con las alas de su corazón”<sup>4</sup>.

Pareciéndole poco una vida para este menester fundó el Carmelo Misionero para que continuase enseñando, curando, acogiendo, acompañando, consolando, liberando, dando de comer al hambriento y vistiendo al desnudo, en definitiva para que poniendo por obra el amor con la oración y la atención concreta a las necesidades del prójimo, prolongase en la historia la actitud misericordiosa de Cristo, reflejo del amor del Padre.



---

<sup>2</sup> Cta 19, 7.

<sup>3</sup> Cta 73, 4.

<sup>4</sup> *Ibid.*